

29º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 18,1-8.

En aquel tiempo, Jesús, para explicar a los discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse, les propuso esta parábola:

-Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En la misma ciudad había una viuda que solía ir a decirle: «Hazme justicia frente a mi adversario»; por algún tiempo se negó; pero después se dijo: «Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esa viuda me está fastidiando, le haré justicia, no vaya a acabar pegándose en la cara.»

Y el Señor respondió:

-Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?, ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?

LA ORACIÓN, ALIMENTO PARA LA FE

El Evangelio de hoy concluye con una pregunta que preocupa a Jesús: **«cuando el Hijo del Hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?»**. Sería como decir: cuando venga al final de la historia, pero también podemos pensar, por qué no ahora, en este momento de la vida, **«¿encontraré un poco de fe en vosotros, en vuestro mundo?»** Es una pregunta seria.

Imaginemos que el Señor viene hoy a la tierra. Vería, lamentablemente, muchas guerras, mucha pobreza, muchas desigualdades, y al mismo tiempo grandes conquistas de la ciencia, medios modernos y gente que va siempre deprisa, sin detenerse nunca. ¿Pero encontraría **«alguien que le dedique tiempo y afecto»**, alguien que lo ponga en el primer lugar? Y sobre todo preguntémonos: **«¿qué encontraría en mí el Señor si viniera hoy, qué encontraría en mí, en mi vida, en mi corazón?»** **«¿Qué prioridades de mi vida vería?»**

Nosotros, a menudo, nos concentramos sobre muchas cosas urgentes, pero no necesarias, nos ocupamos y nos preocupamos de muchas realidades secundarias y quizá, sin darnos cuenta, descuidamos lo que más cuenta y **«dejamos que nuestro amor por Dios se vaya enfriando»**, se enfríe poco a poco.

Hoy Jesús **«nos ofrece el remedio»** para calentar una fe tibia. ¿Y cuál es el remedio? **«La oración»**. La oración es **«la medicina de la fe, el reconstituyente del alma»**. Pero es necesario que sea una **«oración constante»**.

Si vamos al médico y nos manda seguir un tratamiento para curarnos, es importante cumplirlo bien, tomar los medicamentos en la forma correcta y a su debido tiempo, con constancia y regularidad. En todo en la vida hay necesidad de esto.

O pensemos en una planta que tenemos en casa. Tenemos que nutrirla con constancia cada día, ¡no podemos empaparla y después dejarla sin agua durante semanas!

Con mayor razón ocurre con la oración. No se puede vivir solo de momentos fuertes o de encuentros intensos de vez en cuando para después entrar en letargo. **«Nuestra fe se secará»**. **«Necesita el agua cotidiana de la oración, necesita de un tiempo dedicado a Dios, de forma que Él pueda entrar en nuestro tiempo, en nuestra historia»**. Necesitamos de momentos frecuentes en los que abrir nuestro corazón, para que **«Él pueda derramar en nosotros cada día amor, paz, gloria, fuerza, esperanza; es decir, nutrir nuestra fe»**.

Por esto Jesús **«les decía a sus discípulos que era preciso orar siempre sin desanimarse»**. Pero alguno podría objetar: **«¿Pero yo cómo hago?»** No vivo en un convento, **«no tengo tiempo para rezar»**. Nos puede ayudar en esta dificultad, que es real, pensar en cuáles son las **«prioridades»** en mi vida, en que es para mí lo verdaderamente importante.

Y si, como repetidamente nos dice Jesús en el Evangelio, comprendemos que **«la fe debe ser alimentada»** para vivir con plenitud y que el alimento es **«la oración»**, no queda otro remedio que **«buscar el momento y el lugar para orar»**.

Muchas pueden ser las formas de orar, las **«formas de conversar con el Señor»**. Acudiendo a la Santa Misa, rezando el Rosario u otras oraciones, un tiempo para compartir con el Señor las dificultades de la vida y en todo momento tomando conciencia de que **«vivimos en la presencia del Señor»**. El Papa Francisco nos recordaba una sabia práctica espiritual, que hoy está un poco olvidada pero que nuestros mayores la conocían bien, son las llamadas **«jaculatorias»**.



El nombre está algo en desuso, pero la idea es buena. Son **«oraciones muy breves, fáciles de memorizar, que podemos repetir a menudo durante el día»**, para **«estar en sintonía»** con el Señor. Algunas de estas podrían ser... Nada más levantarnos podemos decir: **«Señor, te doy las gracias y te ofrezco este día»**. Antes o después de una actividad, podemos repetir: **«Ven, Espíritu Santo»** o **«una frase del Evangelio que nos resuene»**. Y a lo largo de los diferentes momentos del día rezar así: **«Jesús, confío en ti, Jesús, te amo»**. Pequeñas oraciones pero que nos mantienen en contacto con el Señor.

¡Cuántas veces enviamos **«mensajes»** a las personas a las que queremos! **«Hagámoslo también con el Señor, para que nuestro corazón permanezca conectado a Él»**.

Y no nos olvidemos de **«escuchar sus respuestas»**. El Señor responde, siempre. Las encontramos en el Evangelio, que conviene tenerlo siempre a mano, con los móviles hoy día es muy fácil, para leerlo cada día y **«recibir una Palabra de vida»** dirigida a nosotros.

Que la Virgen María, fiel en la escucha, nos enseñe **«el arte de rezar»** siempre, sin cansarnos. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
19 de octubre de 2025